

Caras y Caretas  
19 III 1921



Buenos Aires (R. A.) RECOGIDO EN "De esto  
y de aquello" tomo I

# D O Ñ A X I M E N A

Ya doña Ximena, la mi mugier tan complida  
como a la mié alma, yo tanto vos quería.  
«Poema del mío Cid», versos 278 y 279.

¡Doña Ximena! He aquí una Dulcinea de carne y hueso, de vida y alma, poética e histórica a la vez, épica! No la *Chimène de Le Cid* del gran poeta francés españolizado Corneille, por grande que ella sea; no tampoco la Jimena Gómez del Romancero, la que pedía justicia al Rey contra el Cid que había matado a su padre, de Jimena, diciéndole que:

«con sangre de mis palomas  
ensangrentó mi brial».

y aquello de que le amenazó de:

«que cortará mis haldas  
por vergonzoso lugar»;

sino que esta doña Ximena que queremos aquí recordar ahora, esta Dulcinea de carne y hueso, de vida y de alma, poética e histórica a la vez, épica, este espejo y dechado de esposas castellanas, es la del viejo y venerable «Cantar de mío Cid» en que el alma del pueblo de Castilla balbuce sus primeras visiones a mediados del siglo XII. Esta doña Ximena es la «mugier tan complida», es la esposa del héroe, la heroína.

¿Heroína la esposa del héroe? ¡Sí! El héroe lo es casi siempre por la compañera de por vida, por la que es carne de su carne y hueso de sus huesos, por la que anda confundida con él tanto como en la sangre de sus hijos, en la de sus obras de espíritu. La mayor hazaña del Cid Campeador, su conquista de Valencia, la hizo en pro de su mujer y de sus hijas, como se lo dijo a ellas mismas cuando llenas de miedo sentían que se les quería quebrar el corazón (versos 1660 al 1664 del *Cantar*) o cuando invitándolas a entrar en la ciudad conquistada les decía (versos 1606 y 1607):

«entrad conmigo en Valencia la casa,  
en esta heredad que vos yo he ganad».

¿Recordáis aquella despedida del Cid y de doña Ximena, del héroe y de la heroína, cuando echado aquél de su casa y hogar por malos *mestureros*, según su esposa dijo, y por la *injusticia inexorable* de Alfonso VI según la felicísima expresión de don Ramón Menéndez Pidal, el egregio editor del *Cantar*; ¿recordáis aquella separación, que nada tiene que envidiar a la de Héctor y Andrómaca en la *Iliada*, después que la «mugier complida» reza una hermosísima oración al Señor glorioso Padre que en el cielo está?

*El Cid a doña Ximena ívala abraçar;  
doña Ximena al Cid la mano-l va besar,  
llorando de los ojos, que non sabe que se far.  
E él a las niñas tornclas a catar:  
«a Dios vos acomiendo e al Padre spirital;  
agora nos partimos, Dios sabe el ajuntar!»  
Llorando de los ojos, que non vidiestes atal,  
assi s'parten unos d'otros commo la uña de la carne.*

El pobre héroe, el de corazón tan robusto y prieto, no sabía que hacerse y llorando volvió a mirar a las niñas, a doña Elvira y doña Sol, y separáronse luego como la uña cuando la arrancan de la carne. Para comprender la tal enérgica expresión poética conviene retener que en aquellos rudos tiempos de lucha desnuda y a muerte uno de los tormentos que se infligía — y no sabemos si lo habrá registrado Mirbeau en su *Jardín de los suplicios* — era el de arrancarle a uno con tena-

cillas las uñas de la carne, y tal dolor como uno siente en tal tormento sintió en su corazón el Cid cuando le arrancaron de su *mugier complida*, de su doña Ximena.

Cuéntasenos en la *Iliada* cómo la divina Helena, la esposa de Menelao a la que robó Paris, se iba a uno de los torreones de Troya a presenciar desde él la lucha que los aqueos y los troyanos reñían por su robada hermosura y cómo al verla pasar los ancianos que, cual cigarras posadas en un árbol del bosque chachareaban allí, decían: «No hay que indignarse de que los troyanos y los bien calzados aqueos sufran penas tanto tiempo por semejante mujer; parécese en su cara terriblemente a las diosas inmortales!» (canto III, versos 150 a 158). ¿Y doña Ximena, la *mugier complida*, la esposa cristiana, la de recatada y no robada hermosura?

El Cid se dirigió, se *adeliñó*, con ella y con sus hijas al alcázar de Valencia.

«allá las subía en el más alto logar;  
ojos vellidos catan a todas partes,  
miran Valencia, cómo yaze la cibdad»

y alzando las manos al cielo ruegan a Dios dándole gracias de una ganancia tan buena y tan grande. Pero luego le entra miedo a doña Ximena, heroína y todo como era, y no por ella sino por su hombre. El cual sentía deleite — *delicio* — al ver que su mujer y sus hijas le verían lidiar viendo así «por los ojos como se gana el pan!» Y entonces dice el caballero aquellas palabras:

«Mugier, seed en este palacio, en el alcaçer;  
non ayades pavor porque me veades lidiar,  
con la merced de Dios e de santa María madre  
crecem' el corazón porque estades delant;  
con Dios aquesta lid yo la he de arrancar».  
(1652 a 1656).

El héroe que al tener que separarse de su *mugier complida* sentía en el fuerte corazón el dolor que se siente cuando a uno se le arranca la uña de la carne, sentía ahora que se le crecía el corazón al tener delante a la que era hueso — no ya uña — de su carne y vida de su espíritu. Y tenía allí a sus hijas, a las que quería casar con príncipes.

Pasa solemne y grave, henchida de nobleza y de recato, doña Ximena por las rudas y balbucientes tiradas del viejo y venerable *Cantar* del siglo XII, pasa ahinojándose ante su señor y marido, pasa rezando la más antigua oración poética que tengamos en castellano y al sentirla pasar sentimos el soplo del amor casto y a la vez encendido, del cariño estadizo y arraigado, con raíces en el suelo solariego y copa en el cielo que le da luz y aire. Y en esta oración, en que pedía a San Pedro, patrón de Cardeña, su hogar de amor, que le ayudase a rogar

«por mío Cid el Campeador,  
que Dios le curie de mal»

en esta oración le dice Cristo que anduvo por tierra treinta y dos años «mostrando los miraclos, por en avemos qué fablar». ¿Es que el fin de los milagros del Cristo fué el que podamos hablar hoy de ellos?

Milagro fué de esforzada caballería la conquista de Valencia por Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador, y la conquistó porque se le creció el corazón al ver que le miraba su *mugier complida*, doña Ximena, la Dulcinea de carne y hueso, de vida y de alma, el espejo y dechado de las esposas castellanas.

MIGUEL DE UNAMUNO

UNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

CREDOS.USAL.ES